

Examina primero las credenciales que traigo. Aquí tienes todos los motivos de credibilidad. Examínalos atentamente y verás como ellos te demuestran claramente, que, en efecto, vengo yo en nombre de Dios para enseñarte todas estas cosas." ¿Puede concebirse una conducta más noble y más racional por parte de la Iglesia?

Si la razón, obsequiando como debe, sus deseos, se consagra á estudiar los motivos de credibilidad, no podrá rehusarse á prestar su asenso á las verdades que le enseñe, sin contrariar los principios y leyes fundamentales de su modo ordinario de obrar. Porque si la razón manda creer á los hombres pecables, flacos y falibles, cuando le consta con certeza que le han anunciado alguna cosa, y que siendo veraces en sus palabras, sabe además que no se equivocan, ¿con cuánta más razón no intimará esta obligación, cuando examinando atentamente los motivos de credibilidad, vé en ellos con toda certeza, que, en efecto, la Iglesia es una Institución divina que ha recibido de Dios la revelación de todas las verdades que enseña, juntamente con la misión de comunicarlas de una manera infalible á los hombres? Llámese, enhorabuena á esta obligación, "cadenas;" pero son cadenas nobilísimas que la misma verdad impone y la recta razón confirma, so pena de renunciar á ser racionales. Llámese á este estado "esclavitud;" pero es una esclavitud que en nada nos degrada, porque no nos quita sino la libertad de vivir en la ignorancia ó en la duda, con respecto á las verdades que nos enseña la Iglesia. Por el contrario, ¿cuántos beneficios nos resultan de esta feliz esclavitud! Ella nos enriquece considerablemente, aumentando el caudal de nuestros conocimientos, con la enseñanza de las verdades sobrenaturales; ella presta á nuestra pobre razón un poderoso apoyo para que pueda lanzarse sin peligro y sin temor por el anchuroso campo de las investigaciones filosóficas; ella, en fin, la avalora, y en vez de oponerse á los progresos científicos, le abre la

puerta y la estimula para que ostente en el estudio de la naturaleza la real diadema con que la coronara el Señor en la mañana de la creación. Por esto, el mismo Voltaire no pudo menos que dirigir á sus compañeros de impiedad las siguientes palabras: (1) "Al ver á la razón hacer progresos *tan pasmosos, pero tan solo* desde el momento de la predicación del Evangelio, bien podeis considerar á la fé como una aliada que debe venir en vuestra ayuda, y no como un enemigo á quien es preciso atacar. Debeis estimarla y no temerla." Y en efecto, es una gloria del Cristianismo que pregonan todos los siglos y los pueblos, el haber promovido sin cesar los progresos de la razón en todas las esferas de su actividad. ¿Quién ha desplegado mayor solicitud que Ella, por el establecimiento de escuelas ó instituciones de educación? Desde el Discípulo amado que, como refiere Mosehim, (2) abrió una escuela en Efeso para instruir á la juventud, hasta la época presente, no cesa de oirse la voz de la Iglesia mandando á los Obispos que velen con el mayor empeño, por el establecimiento y cuidado de estas casas de enseñanza. ¿A quién, sino á la Iglesia, debemos la conservación de las preciosas joyas de la literatura griega y latina y de tantos otros monumentos científicos que hubieran perecido, en la edad media, con la irrupción de los bárbaros? Sólo ella animada por el celo ardiente de difundir la verdadera ilustración en los pueblos, pudo inspirar á los beneméritos hijos de S. Benito la resolución heroica de copiar las obras de la antigüedad para trasmitirlas íntegras hasta nosotros. "Ellos fueron, como dice un escritor moderno, (3) la institución salvadora que estaba destinada á conservar en inestimable depósito la luz de las ciencias y de las letras, que solo podia resplandecer ya en el retiro."

Y si bien en los Establecimientos creados por la I-

[1] Razón del cristianismo, palabra "Aveaux."

[2] Perujo, Manual del Ap. tom. 2, pág. 155.

[3] Amador de los Rios, Hist. de la lit. esp. tom. 1, lib. 1, pág. 297.

glesia que pudieran contarse por millares, ocupaba el lugar preferente el estudio de la Religión, no por eso debemos creer que ella descuidaba el cultivo de las ciencias humanas. Jamás encontraron éstas un asilo más seguro y una protectora más benéfica que la Religión. Ved á la Filosofía cómo se levanta gallarda á la sombra de la Iglesia y llena de vida y lozanía. Antes (1) de que tomase su forma de escolástica, había tenido ya su elocuente tribuno en Tertuliano, su gran docto en Orígenes, su immaculado testimonio en S. Justino, su intérprete metafísico en Severino Boecio, su levita en S. Atanasio, su crítico en S. Gerónimo, su vengador en S. Ambrosio, su génio sintético en S. Agustín, su historiador en Paulo Orosio, su apologista en Clemente de Alejandría, su tutor en S. León Magno, sus oradores en S. Juan Crisóstomo y en los tres Gregorios. Mas eran rayos que de lejos la embellecían; eran más bien los crepúsculos de su nacimiento. Llega la época feliz en que suscita el cielo á sus verdaderos fundadores. Ved el primero: es Alberto, hombre por ingenio y por estudios tan extraordinario, que sus contemporáneos le dieron el nombre de "Grande" que le ha conservado la posteridad. Además de ser ilustre teólogo, es matemático, físico, médico y metafísico sumo; el sello que imprime á la filosofía católica es la inmensidad y la prodigalidad, por decirlo así, de sus conocimientos. A frecuentar su escuela concurren oyentes sin número, pareciendo una peregrinación de las naciones; desde los escaños de la Universidad de París transferido á Colonia para que allí establezca su cátedra, viene á ser el doctor primero de Alemania. A Alberto el grande le sucede Sto. Tomás de Aquino, fundador también inmediato de la Filosofía Católica. De mente más aguda que aquel de quien es discípulo; más ordenado, más seguro y recto, mientras es complejo de la propia manera, este génio verdaderamente creador tiene sin duda el mérito incontestable de poner al

(1) Alimonda. Los problemas del siglo XIX, tom. 3, pág. 123.

lado de la Teología una ciencia nueva, que no recibe sólo el nombre de Filosofía, sino también su personalidad distinta en todas partes y su realidad. Fruto de su ingenio es aquella Obra maestra, la Suma Teológica, en donde resplandecen la sutileza, la profundidad, la precisión y la sagacidad filosófica, obra de que habla todo el mundo, sin excluir los que no la leen, como hablan de las pirámides de Egipto, si bien nunca las vieron.

Más tarde para darle su total complemento, aparecen tres genios de incomparable magnitud. En la celdilla de un oscuro monasterio de Inglaterra, la inspiración que produce los grandes descubrimientos, desciende sobre un pobre religioso que se llama Rogerio Bacón. Otros doctos y filósofos estudiaban en los elementos físicos; mas éste que hizo de joven sus estudios en Oxford y en París, ocupando entonces una celda, es una maravilla: desde los rayos del cielo hasta el estruendo de los cañones: desde los prodigios del fuego hasta los del agua metidos en máquina, camina él como profeta revelador del porvenir. Así la Filosofía enlázase á la Física. Por otra parte, salido de Bañores, un eminente toscano viste la lana de los Franciscanos y dá en las ciencias estupendos avances: es S. Buenaventura, que, mientras escribe sobre filosofía, plega la mente al afecto, abriéndole las vías místicas y contemplativas del mundo invisible, de la sociedad espiritual. Muchos de sus libros y opúsculos se proponen esto directamente y le proporcionan el título de Doctor seráfico. De esta manera la Filosofía contrae matrimonio con el misticismo. Pero si hasta aquí la Filosofía había emprendido su majestuoso vuelo en alas de la inspiración y con el ropaje de un lenguaje prosáico, llega el momento en que nos habla el lenguaje armonioso de las Musas. Alberto Magno y Sto. Tomás se habían ido; la voz de Rogerio Bacón no se oía ya, y el seráfico Buenaventura, siguiendo las sendas místicas y con-

templativas por él anheladas, había subido al cielo: para eternizar la Obra de los monjes filósofos se acercaba el Poeta filósofo; era Dante Alighieri. En aquel torrente armonioso que brota de sus labios, y que en sus doradas ondas lleva para fertilizar su "Paraíso" todos los encantos de la poesía, veréis levantarse también la cátedra del filósofo cristiano. Detened, siquiera por un momento, vuestras miradas para contemplar esa obra inmortal. "No os guiaremos, podremos decirnos con el Cardenal Alimonda, [1] á contemplar las moradas rientes por él descritas, como las primeras siete esferas; ni os pasaremos delante de aquellos colores, de aquellos iriz, de aquellas luces, de aquellas flores cuya fragancia es inmortal, de aquellas ondas de cariñosísimo sueño, ni de aquellas imágenes de perfecta hermosura que halla en sus vuelos por el Paraíso. Fijaos únicamente en ese hablar extendido de los seres á Dios en puntos variadísimos, y tendréis la enseñanza filosófica segun la profesa la Iglesia Católica. La Musa florentina, trasportada al cielo, tiene la cátedra del Doctor al mismo tiempo y expresa las teorías del filósofo. Imitando Alighieri al grande Alberto en la vastidad del designio científico, viene á ser como él inmenso y enciclopédico: como Sto. Tomás, es sutil, agudo, profundo, determinado y seguro. Por lo que hace á Rogerio Bacón, no sabemos que Dante Alighieri estudiase sus libros ó conociese sus descubrimientos; sin embargo, él como el religioso inglés, trasfirió á las ciencias físicas la filosofía; si no inventa, previene á los doctos en muchos conocimientos astronómicos, geográficos y geológicos. Pone de realce la universalidad de los entes, sacados de todas partes y dilatados de algun modo por el amor que les comunicara una rotación infinita: indica la gravedad que al terrestre globo comprime y hace que se precipiten los cuerpos pesados; previene así la ley de atracción que Newton leerá en los cielos. Siente la necesidad de una cons-

[1] Obra cit. pág. 126.

trucción simétrica del mundo, lo cual le hace presuponer en otro hemisferio vastos é incógnitos países: antevée así America, á la que llegará Cristóbal Colón. En sus conjeturas álzase á imaginar antiguas subversiones que cambiaron la faz de la tierra; alteraciones antidiluvianas del Océano; vorágines ígneas que inflaman el suelo bajo nuestros piés; anticipase así á las hipótesis cosmológicas en que harán esfuerzo de ingenio Keerl, Delitzeth, Westermayer y Liell. Esto por lo que hace á los estudios físicos. En cuanto á S. Buenaventura, el cuarto de los fundadores de la Filosofía católica, lo estudia Dante á modo de un enamorado, tomando de él sobre todo el simbolismo y el misticismo, aquella vena de afecto que no se calienta con el bajo ardor terrestre, por cuanto se colora y se inflama para las visiones del cielo. Y al rededor de estos hermosos astros que con tanta gloria se levantan en el firmamento de la Iglesia, ¡cuántos otros contemplamos de menor magnitud, que, recibiendo de ellos la luz, han aparecido en todas las Naciones, derramando por doquiera los esplendores de la más alta y sublime filosofía!

Y ¿qué dirémos del impulso dado por la Iglesia á las demás ciencias naturales?

Nada dirémos del estudio de las lenguas que bajo la sombra de la Iglesia tomó grande incremento, pues bien sabido es que el Papa Clemente V (1) mandó que en la Curia Romana y demás Universidades católicas, fuera de las clases de griego y de latin, se establecieran las de hebreo, caldeo, árabe, etc. etc., y como fruto de estos estudios ostenta orgullosa la antigüedad entre otros monumentos, la célebre Políglota del Cardenal Cisneros, y los vastos conocimientos en las lenguas sábias de Arias Montano y de Erasmo. Pasarémos también en silencio la influencia de la Iglesia sobre la Legislación, pues un célebre Jurisconsulto francés, M. Troplong, en su erudito tratado "De la influencia del

[1] Clem. "Inter sollicit." lib. 5, tit. 1.

Cristianismo en el Derecho Romano," describe detalladamente las reformas sucesivas obradas por aquel "Espíritu celestial" como él lo llama, en las leyes romanas, y por consecuencia en todas las relaciones sociales de los hombres entre sí. Baste sólo decir que ese espíritu humanitario de las legislaciones modernas sobre el Derecho Penal con sus sistemas penitenciarios y carceleros, no es otra cosa que la aplicación de la doctrina de la Iglesia; de manera que los Filósofos no han tenido que hacer un grande esfuerzo de inteligencia sino estudiar el Derecho Canónico en el que se hallan bosquejadas sus teorías. También pasaremos por alto la Historia, ciencia que se ha formado enteramente bajo la influencia católica; porque la religión, á diferencia de los escritores antiguos, considera los hechos como abundantes manantiales de reflexiones y pensamientos filosóficos y morales, y hace ver en ellos la acción de la Providencia conduciendo á los hombres á sus fines y dirigiendo la marcha de la humanidad. Nadie ignora también que los grandes adelantos que han hecho desde el siglo pasado la Geografía é Historia Natural, se deben en su mayor parte á las relaciones de los Misioneros. Fijemos nuestras miradas en las ciencias matemáticas y astronómicas. La impiedad con tono arrogante quiere echar en cara á la Iglesia que ha visto con desprecio estos estudios y ha perseguido á los que se dedicaban á ellos. Prescindiendo de Galileo, de quien nos ocuparemos adelante ex-profeso, nada hay más falso que esto. Nunca despreció la Iglesia el cultivo de estas ciencias ni mucho menos persiguió á los que á ellas se consagraban. Lo que persiguió únicamente fueron las necedades de la Astrología sirviendo con ello en gran manera al género humano y á las ciencias mismas, porque tanto á éstas como á aquel perjudica mucho todo género de superstición.

Entre los que se daban á esta clase de estudios habia muchos que pretendian hallar en la revolución de los astros la causa fatal é irresistible de los aconteci-

mientos humanos ocultos bajo el velo del porvenir. La Iglesia se levantó contra estos insensatos, que destruian con sus necios cálculos el dogma católico de la libertad humana. Hé aquí explicado todo el odio de la Iglesia contra las Matemáticas y la Astronomía. No iba contra estas dos hermosas ciencias, sino contra el abuso que de ellas hacian los aficionados á la astrología judiciaria. Cuando las ciencias (1) matemáticas y astronómicas se hallaban limpias de estos errores perniciosos, la Iglesia era la primera en fomentarlas. Por esto no faltaban en las Universidades católicas profesores de estas materias, y no dejaba de honrar la Iglesia á los que en ellas se distinguían. La mitra sagrada ornó en España al Obispo llamado Rocemundo, conocido entre los árabes con el nombre de "Rabiben-Zaid" famoso por sus conocimientos astronómicos y filosóficos en el siglo de oro de la literatura árabe-española. La tiara pontificia recompensó los méritos del monje francés Gilberto, después de haber pasado de Francia al condado de Barcelona, con el objeto de hacer allí sus estudios en las escuelas cristianas y de aprender las Matemáticas bajo la dirección de Hato, Obispo de Vich. La dignidad cardenalicia fué el galardón de los estudios matemáticos y de otros géneros de ciencias concedido á Nicolás de Cusa, primer restaurador del sistema pitagórico en Astronomía, y maestro del canónigo Copérnico. En 1435 dió á luz este ilustre sábio un libro intitulado: "De doctâ ignorantia," en el cual se afirmaba la realidad del movimiento de la tierra al rededor del Sol. Nada se diga del famoso Copérnico, el cual ha dado su nombre al sistema que ahora se sigue en Astronomía, merced á su famosa obra astronómica "De revolutionibus orbium coelestium." Ya canónigo, ejercía el oficio de Profesor de Matemáticas en Roma á principios del siglo XVI, y como á Maestro en la profesión le consultó en 1512 el Concilio de Letrán para hacer la reforma del Calenda-

[1] Mendive. La Relig. cat., A pág. 832.

rio. Mas, la reforma que acabamos de indicar ¿quién la practicó sino la Iglesia? Bien lejos estaba ésta, por cierto, de oponerse al estudio de las Matemáticas y Astronomía, cuando acometía tan grande empresa y así honraba á los que en esas ciencias se distinguían. Y si de estas ciencias pasamos á considerar lo que tanto pondera nuestro siglo, á saber: la Literatura, las Bellas Artes y los descubrimientos físicos, veremos que de todos estos monumentos se levanta un himno de bendición para la Iglesia proclamándola su especial protectora. Y á la verdad, concentrando nuestras miradas á la Italia, que es la Nación en donde debe estudiarse de preferencia la acción del Cristianismo en el desarrollo del espíritu humano, por estar allí la cátedra de S. Pedro, ¿qué es lo que nos dice la Historia? Si es cierto que la Iglesia encadena el pensamiento y se opone á su noble y generoso vuelo, los hechos de Italia deben dar la demostración más victoriosa de ello. Pero ¡ah! felizmente es todo lo contrario. Contemplad en primer lugar la Literatura, que es la primera manifestación del pensamiento estético. Apenas se desvanecen los tiempos bárbaros y la edad media da lugar al renacimiento, poetas y prosistas, profiriendo su boca los vagidos del idioma nacional, salen en abundancia de las montañas de Italia y sus riberas. Guido de las Columnas entona sus castas rimas desde el mar siciliano. Guido Guinicelli y Guido Chislieri difunden desde Bolonia sus cantos matutinos; corresponde Guittone de Arezzo y á los caballeros celebra; Bruneto Latini, llevado á estudios mas sólidos, redacta en Florencia su "Tesoro." Guido Cavalcanti, Matteo Spinelli, Ricordano Malespini y Pedro Crescensi, con diversos tratados y crónicas forman el primer grupo de los literatos italianos. Sólo que así como cuando con telescopio se examina el cielo, al recorrer con la vista una pléyade de astros menores se halla el astro mayor que á los otros domina, sucede lo mismo en los literatos italianos. Hé aquí á Dante Alighieri, es el más grande de todos los Poe-

tas, el verdadero creador de la lengua de Italia, y el que abre el testamento profano de la nueva civilización. Y muy semejante á él en su grandeza aparacen tambien Petrarca, Poliziano, Ariosto y el Tasso.

Ahora bien, (1) ¿compuso acaso Alighieri á despecho de la Iglesia y hostilizado por ella el trino canto de la Divina Comedia? ¿Si toda la Divina Comedia es una inspiración del Catolicismo! ¿Si el infierno allí simboliza el infierno cristiano! ¿Si el Purgatorio de Dante os explica el Purgatorio cristiano! ¿Si la doctrina del Paraíso de Alighieri no es más que una esencia de la Teología católica de Sto. Tomás de Aquino!

¿Acaso estudia Francisco Petrarca á despecho de la Iglesia, y dá por ella maldecido, las admirables pruebas de su ingenio? Ciertamente no saca del Catolicismo las melífluas rimas de su Laura; mas si se habla de su sentir exquisito, máximo en él, y de su saber inmenso, en gran parte lo debe á la Iglesia de Jesucristo, en cuya veneración se educó, como el hijo edúcase bajo la autoridad de su madre. ¿Es Petrarca el canónigo de Pádua y el Arcediano de Parma! De los cuatro beneficios con que le honraron los Papas, retiene para sí éstos dos. Ama tanto á la Iglesia dominando en Italia, que corre al Pontífice Santo en Aviñón, y hasta verter lágrimas lo conjura con el fin de que torne á la sede alma del Apóstol. Llega un día al Petrarca una doble invitación para ser coronado Poeta: una carta viene de París y otra de Roma. ¿Dónde preferirá ser coronado? ¿A orillas del Sena ó en Roma? París es la ciudad profana de los Doctos y Roma es la ciudad religiosa de las doctrinas. ¿A donde irá, por lo tanto? El gran lírico de la Italia es católico y escoje la poética coronación del Capitolio.

¿Por ventura ilustrase Poliziano en las letras á despecho de la Iglesia? ¿Si tiene por maestros á monjes y frailes! ¿Si es el grande amigo de los Cardenales y de los Pontífices! ¿Si por invitación del Papa traduce del

(1) Alimonda, obra cit.

griego al latín la Historia de Herodiano! ¡Si de Inocencio VIII recibe doscientos escudos de oro á fin de que pueda dedicarse con facilidad á las fatigas literarias! ¡Si es el acariciado preceptor de León X! Finalmente ¿acaso crea Torquato Tasso á despecho de la Iglesia la mayor epopeya del mundo moderno? ¡Si el que es un tierno confidente de sacerdotes, continuamente, tanto en verso como en prosa, exaltando á Dios, á Cristo, á la Religión y á los Santos, no hace más en la Jerusalem libertada que versificar la más alta empresa generosa del Catolicismo! Callemos otra multitud de nombres ilustres que forman la gloria de la literatura italiana. No á despecho de la Iglesia, sino bajo su sombra bienhechora, enriquecieron la literatura italiana con sus admirables producciones.

Pasemos á considerar las Bellas Artes que son la segunda manifestación del pensamiento estético. La Historia nos recuerda algunos famosos nombres que todos repiten como si fueran los felices génius del Arte: Giotto, Miguel Angel, Bramante, Sanzio, etc., etc. ¿Mas en dónde florecieron y bajo qué sombra se educaron? En Italia: allí bebieron las auras católicas, y las auras católicas de su ingenio derramaron, levantando monumentos estupendos de religión y de civilización. S. Pedro de Roma, Sta. María Novella, Sta. María del Fiore, la Catedral de Siena, la Catedral y el Cementerio de Pisa, S. Frediano de Luca, S. Petronio de Bolonia, S. Márcos de Venecia y la Catedral de Milán, dicen en alta voz: Nuestros padres fueron católicos y vieron la luz en este país.

De la misma manera los más célebres escultores y pintores son hijos de Italia. ¿Y qué hicieron? Bebieron también las auras católicas, y derramaron igualmente las auras católicas de su ingenio en las estatuas y en los lienzos inefables; modelaron ángeles, crucifijos, vírgenes, mártires y apóstoles haciendo con ellas resplandecer la tierra con las espléndidas imágenes del Paraíso.

Roma, Sede de los Sumos Pontífices, viene á ser una Academia de artistas. Nicolás V, Inocencio VIII, Julio II y León X los llaman cerca de su persona; así como se rodean de sacerdotes, se circundan también de pintores y escultores. Por comisión papal, Mantegna emprende las pinturas del Belvedere: Leonardo da Vinci pinta la Sagrada familia, poseída ahora por el museo principal de San Petersburgo; Sansovino acaba los cuatro bajo relieves en la Capilla de Ntra. Sra. de Loreto; Miguel Angel, que no se somete al ceremonial de la corte por pertenecer á la familia del Papa, pinta el juicio y levanta el coloso de su Moisés. Bramante presenta al joven Rafael al Pontífice; y cuando descubre las maravillas de su pincel, quiere que domine á todos los demás, encargándole las pinturas de las cámaras del Vaticano. Lo mismo hace Julio II. Cuando el pobre Rafael, en medio de sus glorias artísticas muere, y se celebran sus funerales en Roma, el Papa León X vá como si fuera uno de la turba á rezar cerca del féretro del sumo pintor, no sabiendo separarse de allí, si ántes no besa la mano de la cual poco ántes salía el portento de la Transfiguración. Y ¿todavía se atreverá la impiedad á insultar á la Iglesia llamándola enemiga de la civilización y del progreso?

Pasemos adelante. Ya que nuestro siglo tanto se gloria en los descubrimientos físicos, interroguemos por un momento á la Historia para que nos diga si bajo la influencia del Cristianismo en Italia se ha cortado el vuelo á estas felices inspiraciones ¿Qué nos responde? Abriéndonos majestuosamente sus páginas inmortales, nos muestra en una de ellas un grupo de notables personajes. Leedla. “Flavio Gioia, dice, inventa la brújula; Francisco Barocci halla el modo de fijar los grados de longitud y latitud; Camilo Delmino halla el uso del alfabeto marino; Viviani, Castelli y Fossombroni, con otros grandes, estudiando el curso de los rios, inventan y perfeccionan la “hidrodinámica;” Cár-